

El nevero

Carlos Almira¹

Ilustraciones: Maribel López Gil

Hubo un tiempo en que yo era feliz: pasadas las borrascas de la adolescencia y la primera juventud, antes de que mi cuerpo me enviase las primeras, tímidas, señales inequívocas de la muerte.

Siempre parece superfluo describir la felicidad. En cambio la desgracia semeja justificarse por sí sola, llena el mundo, es el principal objeto del arte, y parece la argamasa de la existencia.

Sea como fuere, yo no podría señalar las causas ni de una ni de otra: pasé una infancia normal, sufrí los padecimientos de la escuela, los extraños, los primeros compañeros, el primer amor; luego, las desilusiones (y los éxitos efímeros) comunes de los estudios; la sensación engañosa de libertad que da la vida de estudiante, sobre todo a quien sale de su casa por primera vez; y la incertidumbre y la dureza posteriores del mundo "real".

Yo tuve suerte: tras muchos tumbos comunes, encontré un empleo aceptable; conocí a la que sería mi mujer; y en un santiamén, casi sin pararme a pensar ni darme cuenta de ello, formé mi propia familia y compré mi casa.

Elegimos un barrio periférico, a las afueras de Granada, pegado al río Genil: un lugar apartado, incómodo para ir y venir del centro de la ciudad, pero delicioso para dar largos paseos, hacer deporte, o montar en bicicleta. Cuando llegaron los niños descubrimos que era el sitio idóneo, no

podíamos haber elegido mejor: se puede bajar al río, hay parques y columpios, y la gente que viene de todas partes aquí a hacer ejercicio es, por lo general, sana y positiva. Como Celia y yo teníamos las tardes libres, disfrutábamos de todas las ventajas. Nuestra jornada empezaba muy temprano: tras dejar a los chicos en la guardería y luego en la escuela, corríamos al trabajo, en coche o en autobús; aprovechábamos las tardes y los fines de semana para cocinar, y una mujer nos ayudaba una vez a la semana con la casa y sobre todo, la ropa. Nuestros extras, nuestros pequeños lujos, eran la cerveza y el refresco en alguna de las muchas terrazas que, desde febrero o marzo hasta octubre, y a veces hasta noviembre, llenan las estrechas explanadas del río (y en invierno el chocolate del Café Fútbol y las rosquillas de los quioscos de la Plaza Bibarrambla); alguna excursión al campo; una tarde de cine en familia; las visitas familiares; la piscina los veranos.

Ahora que lo pienso, en aquella época no teníamos amigos: los antiguos compañeros del Instituto y la Facultad habían desaparecido, y los nuevos del trabajo tenían ya hijos pequeños o padres mayores. Algún desengaño que otro en este terreno nos había vuelto, además, escépticos respecto a la amistad, haciéndonos sentir como singularmente tocados por el destino.

Cuando los chicos crecieron empezó a sobrnos el tiempo y nos aficionamos a la bicicleta. Poco a poco, sin darnos cuenta, nos unimos a una de las muchas cuadrillas que, especialmente los fines de semana y los puentes, llenan las carreteras secundarias de la Vega y la Sierra, con ese aire de haber corrido el Tour o el Giro en sus buenos tiempos, que son los verdaderos dueños de las

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXI Concurso de Cuentos "Villa de Errenteria", organizado por Ereintza Elkarte con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria. El jurado estuvo compuesto por: Raúl Guerra Garrido, Antxon Obeso, Ezequiel Seminario y José Antonio Pérez Aguirre.

rutas y los merenderos. Si hubo un tiempo en que yo era feliz, fue éste.

¡Cuántas veces nos habíamos reído Celia y yo de aquellos grupos de cuarentones: tripudos, enfundados en sus mallas de colorines, como vestidos de carnaval; con sus gorras, sus gafas, sus cascos aerodinámicos; sus botes de agua adosados al triángulo de la bicicleta de complejas marchas, semejante a un fino y liviano perchero! Ahora salíamos los primeros por la empinada carretera: ya en fila, culebreando junto a los barrancos; ya en medio de los bulliciosos escuadrones, cuando el camino se ensanchaba súbitamente tras una sucesión de curvas, o cuando llaneábamos por la vega en busca, bajo el sol pálido o ardiente, de las primeras choperas.

Nuestro grupo, como el resto de cuadrillas, cambiaba con frecuencia como un ser vivo: alguno se unía a nosotros un día cualquiera de verano y desaparecía con los primeros fríos; otro permanecía dos años enteros, y acababa dirigiéndonos con mano firme y voz jovial; otro se apartaba discretamente al fondo silencioso y anónimo del pelotón donde cada uno tenía su lugar prefijado, cuyo cambio significaba ascenso o caída, como ocurre con las sillas o las posiciones en la mesa en una casa frecuentada.

Así, si no hacíamos amistades profundas y duraderas, en cambio nuestras relaciones eran claras y sencillas. Lo que nos unía era algo muy con-



creto. Ya no buscábamos la hondura ni la entrega incondicional que antaño, cuando los primeros signos de aburrimiento hicieron su aparición en nuestro matrimonio, tantos sinsabores y desengaños nos habían traído. Al no abandonarnos a expectativas ni a ilusiones injustificadas, al sentirnos simplemente parte de un grupo de amantes de la bicicleta, al que nos habíamos sumado y que seguiría sin nosotros algún día, experimentábamos sin proponérselo, una sensación de paz parecida, si no próxima, a la felicidad. Celia, que nunca había sido deportista, demostró unas cualidades y una forma física, una voluntad de hierro, que me sorprendieron. Casi volvía a mirarla como en los primeros tiempos de enamorados. Y no era el único en mostrarle mi simpatía cariñosa. Se convirtió desde el primer momento en nuestra amazona, en nuestra guía indiscutida, en la estrella rutilante de nuestras modestas expediciones. Cuando ya me rondaba el demonio de los celos (¿hay celos injustificados?), ella me confesó de pronto que estaba harta de nuestras salidas y que había decidido volver a nuestras antiguas costumbres. Añoraba a sus hijos y quería ver con más frecuencia a sus padres y cuidarlos. No se sentía culpable. Por supuesto, yo podía continuar como hasta ahora sin sentirme tampoco culpable ni temer ningún reproche de su parte. Esta deserción, como la llamábamos medio en broma medio en serio, con mal disimulada consternación, coincidió con el final del verano, la mejor época para este deporte: cuando las rutas se vuelven más agradables y menos concurridas; el paisaje se vuelve profundo y fresco; el cielo pierde su blancura monótona y se puebla de nubes fantásticas; el campo se llena de susurros, de silencio y de hondura, que presagian el invierno.

Las mañanas se demoran y las horas de luz se tornan suntuosas como ensueños; las tardes se apagan de súbito revelando el firmamento estrellado. Especialmente agradable es, en estas semanas, escalar hasta los primeros neveros, pequeños y recónditos, que de pronto se endurecen y se vuelven azules, hundidos entre sombras que parecen de otro mundo. Cada ráfaga semeja un escalofrío que enmudece los menores ruidos del campo, recogido en una especie de embelesamiento. ¡Gozar entonces del silencio verdeante, de las sombras profundas de las honduras, del silencio roto por el despertar del agua!

Decidí pues, continuar con la cuadrilla al menos hasta los primeros fríos serios, luego siempre habría tiempo de jubilar la bicicleta y volver a la antigua y plácida existencia familiar. Celia, dudosa de su propia conducta, lo aprobó. Para entonces los chicos ya habían creado su propio mundo del

que estábamos excluidos: nos querían si cabe más que antes, pero éramos los padres, la infancia, el pasado. Y mis suegros se habían convertido en dos viejecitos frágiles, maniáticos, candorosos, y suspicaces. Fue entonces cuando sentí por primera vez, de un modo confuso pero doloroso, que nuestra vida había pasado. Repasando antiguos (y no tan antiguos) álbumes de fotografías que Celia coleccionaba, me topé con una de las últimas en que aparecemos como envueltos en ligeros copos de nieve.

Empecé a disfrutar, sin embargo, de algunas compensaciones: casi al principio, superada la desilusión y cierto rencor por el abandono de Celia, me sentí más libre, casi como si fuese soltero. De pronto emergía el sinfín de trabas, hasta entonces invisibles y asumidas, que me había impuesto nuestra vida en común: mil inhibiciones corporales; mi abstención sistemática de gruñidos, tacos, chistes verdes; la prohibición nunca promulgada de hacer alardes físicos quizás ya impropios de mi edad, como derrapar en las curvas o emprender las bajadas a toda velocidad por el centro de la carretera (o incluso por el carril izquierdo), soltando el manillar, erguido con los brazos en cruz, gritando incongruencias; todo lo que me estaba vedado: hacer patochadas, mirar o dirigirme a otras mujeres –si no las miraba era reo sospechoso de disimulo–. Pero sobre todo empecé a disfrutar con mi cuadrilla, compuesta ahora sólo de hombres, de esa intimidad tosca, masculina, que la presencia de una mujer, por inteligente y atractiva que sea, no puede incluso contra su voluntad, sino arruinar o cohibir. Esa intimidad y esa libertad nuevas no sólo las percibí yo: de pronto éramos más niños y más tontos, más tontamente felices si se quiere, evocábamos a Celia con una mezcla de nostalgia y alivio culpable.

Al recordar ahora nuestras conversaciones y nuestra dicha de hombres solos, me asombra que pudiéramos conformarnos con tan poco, hasta confundir nuestras chanzas repetitivas con auténtica comunicación y amistad, felices sobre aquellas máquinas tan sofisticadas que sólo les faltaba hablar y decidir nuestras rutas.

Así muy pronto sentí con una mezcla de culpa y de alivio, la falta de Celia y caí en la cuenta del paso inexorable del tiempo: aunque ahora podía, si me daba la gana, violar las normas de tráfico y cambiar de carril, recular, hacer tirabuzones y despotricar como un loco, sin cortapisas. Y así fue pasando aquel primer verano sin Celia. Aquel primer verano fue muy caluroso: puso a prueba no sólo nuestra resistencia sino sobre todo,

nuestra voluntad; descubrimos que lo que llamábamos pomposamente, “peajes”, umbrías arboledas, muros más o menos decrepitos y escondidos, nichos, abrigos de sombra, y corredores abiertos a las frescas corrientes de las cumbres y los neveros, se disipaban en una marchita soledad; las choperas de la vega se transformaron en islotes vagos e improbables; las propias alturas de la sierra parecían poblarse de espejismos. El calor, que se prolongaba durante la noche, había vaciado las carreteras y los ventorrillos. Con todo, no dejamos de acudir ni una sola vez: aprovechábamos las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, y ascendíamos con pedaleadas lentas, encorvados sobre los manillares, exhaustos, saboreando aquellos parajes hasta entonces inéditos, en un silencio casi reverente. No sé a quién se le ocurrió un día el siguiente juego: cada miembro del grupo debía escoger un lugar, un rincón que le fuese especialmente agradable del recorrido, y guardarlo en secreto durante unos días. Al cabo, en una tour especial, cada quien revelaría su elección. Ganaría el juego aquel que hubiese coincidido menos con el resto, que hubiese escogido el rincón más exclusivo.

Muchos eligieron enclaves totalmente anodinos, pero yo estaba prendado desde hacía meses



de cierta curva angosta, que aparece bruscamente en la falda de la montaña conforme se asciende, a unos mil quinientos metros de altitud, en el llamado Barranco del Lobo, para perderse entre arboledas. Eran los últimos días del verano y la ruta en general, y el sitio en particular, estaban especialmente hermosos. Recuerdo que de pronto observé un destello allá abajo, ¡un nevero!, escondido en un lado del río. "Debe ser un sitio donde nunca da el sol", me dije, y ya no volví a pensar en ello hasta que los primeros fríos nos obligaron a reducir nuestras escaladas, y finalmente a cambiar la sierra, como todos los otoños, por la vega con sus chopos cada vez más amarillos, perdidos entre lánguidas y blancas humaredas de rastrojo.

Si el verano había sido caluroso, el invierno empezó gélido. A finales de octubre cayeron las primeras nieves, muy cerca de Granada. La escarcha apenas se fundía de un día para otro. Al fin nuestra cuadrilla, como la mayoría de las otras, empezó a salir diezmada, con sólo tres o cuatro valientes.

Un día me encontré solo en el punto de partida, con todos mis bártulos. Sin pensarlo dos veces, como algo largamente meditado, tomé

la dirección de la sierra. Al principio el ascenso fue normal, pero muy pronto el hielo y la nieve me obligaron a ir al paso e incluso a bajarme de la bicicleta. Al cabo de una hora de marcha penosa reconocí el camino que arrancaba hacia el nevero.

Escondí la bicicleta y comencé a bajar, algo muy peligroso incluso para un senderista experimentado. Una blancura azulada y desierta me envolvió de inmediato. En el silencio apenas se oía el débil curso de un arroyo.

De pronto vi el nevero ceñido por la arboleda. Y comencé a bajar muy despacio, pisando con cuidado las piedras sueltas, los raigones, los saledizos engañosos. Cuando estuve a unos cuatro o cinco metros, cerré los ojos y salté.

Una vez desenterrados los pies hundidos, me sacudí las mangas tiesas y la cara helada, y me tumbé en la nieve.

Allí estuve hasta que el sol empezó a entrar en el otro lado del barranco, como procedente de otro mundo, violando el aire transparente y frío, y en algún rincón invisible, como un rincón remoto de mí mismo, cantó un pájaro.

